



Jornadas de Investigación en Filosofía

Departamento de Filosofía.
Facultad de Humanidades y Ciencias de la Educación.
Universidad Nacional de La Plata

Conocimiento, Arte y ciencia en Nelson Goodman

Barba, Laura Alejandra

Resumen

En este trabajo pretendemos presentar algunas de las respuestas que propone Nelson Goodman respecto de lo que hay, y cómo. Dado que hacemos lo que hay, nos interesa destacar lo que la ciencia y el arte en particular han hecho y cómo ambas -en tanto hacedoras de mundos- amplían nuestro conocimiento del mismo.

Los grandes cambios que se han dado en el mundo, han sido en parte gracias a las ciencias y a las artes –no queremos decir con esto, que sólo a partir de la ciencia y el arte, sino que vamos a focalizar nuestro trabajo en ellas -. Tanto Kepler como Picasso, nos han hecho ver un mundo diferente al que veíamos. Son hacedores de mundos, ya que la comunidad los ha aceptado como tales. Son arte y son ciencia manifestándose e interactuando en la sociedad.

Conocimiento, arte y ciencia

Desde tiempos inmemoriales el hombre ha filosofado. Recordemos aquella anécdota que rememora el primer uso del término “filósofo”. Comienza con aquel encuentro en Fliunte (antigua ciudad-estado o polis griega ubicada en la región de la Argólida, en la península del Peloponeso) entre Pitágoras y León. Admirado por el talento y la elocuencia de Pitágoras, León le preguntó a qué arte se dedicaba, a lo que Pitágoras respondió que él mismo era filósofo y no conocía arte alguno.

Éstos se diferencian de los demás hombres porque no buscan el aplauso ni el lucro, sino que siendo de cierta estirpe y talento observan qué se hace y cómo. La vida de los hombres, dice Pitágoras, es como un festival celebrado con los mejores juegos de toda Grecia. Los filósofos o amantes de la sabiduría examinan cuidadosamente la naturaleza de las cosas, así como los nobles en los juegos miran sin adquirir nada para sí.

El mundo de los hombres se ha modificado. Muchas de las ciencias actuales tienen sus orígenes en esa incasable búsqueda de la naturaleza de las cosas, de la verdad, de la pregunta por el origen, las causas, lo existente en el mundo. La filosofía hoy sigue abordando, entre otras cuestiones, la pregunta sobre lo qué hay. Sobre si eso que hay también existe ¿Qué cosas ha hecho el hombre? ¿Hay algo que no haya sido hecho por el hombre? ¿Qué y en qué sentido?

Nelson Goodman afronta el problema filosófico ontológico. Afirma que “hacemos mundos” en la medida en que “descubrimos lo que hay”. En todo momento nos encontramos con un hacemos. Es un plural que nos lleva a pensar en la colectividad, tanto en las comunidades de científicos como en las comunidades de artistas o la sociedad simplemente toda. A éstas nos vamos a referir como “haciendo versiones del mundo”.

Sería interesante saber qué pasó con el sujeto individual dentro del sistema que plantea Goodman, ¿dónde quedó la genialidad de Picasso? sería una buena pregunta. ¿Su trabajo es obra de una personalidad única e incomparable? ¿Su obra es un modo particular e individual de interpretar y descubrir el mundo? ¿O a partir de que su genialidad y su obra son aceptados por una comunidad como arte podemos hablar entonces de un tal Picasso cuya obra interpreta al mundo y amplía nuestro conocimiento del mismo?

Nos inclinamos a afirmar que según Nelson Goodman, de no ser propicio el contexto en el cual Picasso pinta su Guernica y de no ser aceptado por la comunidad como una versión del mundo; i.e.; si su obra hubiera quedado en un cuarto y nadie la hubiera admirado e interpretado, no hablaríamos de una obra arte. En algún punto, esta ausencia haría al mundo que hoy habitamos, algo diferente de lo que es.

Necesitamos para que el mundo sea un mundo, la mente del hombre haciendo mundos, es primordial que los hombres construyan los mundos, tanto al Guernica como obra de arte como a las estrellas en tanto estrellas y a las constelaciones en tanto constelaciones.

El sujeto epistémico va descubriendo el mundo y a medida que lo descubre, podemos decir que “hace”. Hará mundos por medio de un proceso que puede simplificarse en los siguientes pasos: Primero será capaz de distinguir diversos componentes de lo que lo rodea, luego los categorizará de acuerdo a su función y los armonizará en una unidad simple.

Para ilustrar esta secuencia recurriremos al ejemplo que el mismo Goodman nos proporciona. Dice así:

“Me encuentro sentado en una atestada sala de espera, sin tener conciencia de la existencia de equipo-estereofónico alguno. Gradualmente, descubro que hay dos altavoces empotrados en una estantería, un receptor y un plato giratorio en un mueble situado en una esquina y un mando de control remoto sobre la repisa. Descubro un equipo que ya existía previamente.” [Goodman, 1995, 65]

Si un individuo viniera de la jungla, según Goodman, no descubriría ni haría ningún equipo u objeto, puesto que es incapaz de reconocer tal cosa. Cuando hacemos estrellas y constelaciones sucede exactamente lo mismo. No hay ningún rasgo de las estrellas, afirma, que nosotros no hayamos hecho.

Tenemos, acaso, que pensar que hemos hecho el mundo y todo lo que hay en él. Cómo es que hacemos sillas, pregunta, sin tener una sola madera en la mano, ni clavos ni pegamento. Nos estamos refiriendo a “hacer con la mente”. Si las estrellas están antes que nosotros en el firmamento, es porque hemos hecho una versión del mundo en el cual las estrellas nos anteceden.

Debemos reconocer que entre las operaciones del entendimiento y aquello que hay, hay una relación inseparable. Por esto mismo podemos decir que hacemos lo que hay. Y ¿qué hay? hay lo que hacemos, lo que hemos descubierto y nombrado.

Lo que ya existe es aquello que está destinado a ser descubierto. Pero “existir ya” y “encontrar lo que ya existe” puede resultar una cuestión del hacer. Tenemos que hacer que lo encontrado sea la Osa Mayor, Sirio, comida o un equipo estereofónico. *“No hay nada que nos obligue a delimitar los cielos mediante constelaciones o cualesquiera otros objetos.”* [Goodman, 1995, 67]

Sólo podemos pensar el mundo y las cosas que forman parte del mundo, en la medida en que sean representadas, simbolizadas y descritas. Los mundos son hechos mediante las versiones de mundos.

Supongamos que con esto queda expuesto y aclarado el sentido en el que Nelson Goodman nos propone que hay lo que hacemos. Se nos presenta ahora otra dificultad; a saber, ¿Cómo es que no podemos hacer cualquier cosa? ¿Cómo hacemos versiones correctas del mundo y cuáles son correctas? ¿Qué pasa con la variedad de versiones o con las ficciones dentro de esta manera de comprender a los hombres haciendo mundos?

Goodman sostiene que, por más extraño que suene, debemos aceptar la convivencia de una multiplicidad de mundos correctos. No todos los mundos o versiones del mundo se dan en un mismo tiempo y espacio. El sistema ptolemaico es correcto y el sistema copernicano es correcto.

Para saber si un mundo es correcto hay que compararlo con otras versiones, puesto que no existe ningún mundo independiente capaz de competir con una versión. *“No debemos buscar la verdad en la relación de una versión con algo exterior a lo que se refiere, sino en las características de la versión misma y en sus afinidades con otras versiones.”*[Goodman, 1995, 68]

Goodman sostiene que la validez inductiva es uno de los criterios que se emplean en la búsqueda de la verdad, además de un ejemplo de corrección diferente a la verdad. La verdad es considerada como algo constante, en cambio si hablamos de algo que sea momentáneo podemos recurrir al concepto de aceptabilidad. Pero este concepto es insuficiente, al menos que hablemos de aceptabilidad última “–la aceptabilidad que no se pierde posteriormente–” esta puede considerarse tan firme como la verdad y ser un criterio epistémico.

De este modo, Goodman puede sostener lo siguiente: *“Ya que la aceptabilidad implica la validez inductiva, la cual implica a su vez una correcta categorización”* que implica atrincheramiento estamos en condiciones de afirmar que la costumbre es un componente constitutivo de la verdad. El significado de verdad, entonces, no reside en esos mundos que hacemos sino en nosotros mismos, en nuestras versiones de los mundos y en lo que hacemos con las verdades en estos mundos.

Resumiendo: podría decirse que es correcta una versión del mundo, cuando no implica una contradicción con las leyes lógicas, ni con aquellas convicciones o prejuicios arraigados con distintos grados de firmeza en una comunidad. Además, esta versión correcta tiene que poder ser reflejo de leyes u observaciones recientes.

Ahora pasemos a lo más interesante, aquello que dejamos ver en una de las primeras afirmaciones. Queremos sostener como Nelson Goodman, *“que los mundos que habitamos no son en menor medida herencia del trabajo de novelistas, autores de teatro o pintores que el resultado de las ciencias, las biografías o la historia.”* [Goodman, 1978, 103]

Nadie pondría en duda que la ciencia nos presenta un mundo que consideramos real y que además hay progresos que nos permiten avanzar en cuanto a descubrimientos de toda índole. Pero lo que estamos intentando defender es que los mundos se hacen de lo que se dice literalmente y también de lo que se dice metafóricamente, de lo que se ejemplifica, se expresa, se muestra. Ya sea esto en un tratado (donde la literalidad es lo que más cuenta) o en una novela o poema (donde metáforas y alegorías son más importantes). Todas las maneras de hacer mundos amplían la comprensión del mismo.

Con respecto a los mundos que se hacen metafóricamente, por ejemplo los ficticios -asumimos que hay ficción en una novela-; son mundos construidos con estrategias no literales. Utilizan estratagemas como gestos, metáforas, etc... Esas también son maneras de hacer mundos, y estas maneras de hacer mundos no son menos que la ciencia como modo de descubrimiento, creación y aumento del conocimiento.

Estamos acostumbrados a movernos en diferentes mundos sin ningún tipo de dificultad. Cuando pasamos del escritorio de trabajo a la lectura de una novela o la sala del cine, estamos fluctuando entre diferentes concepciones y versiones, y nos acomodamos a ellas y sus criterios permanentemente.

Si yo preguntara a cualquier persona en un auditorio ¿qué sucede con caperucita roja y su abuela en la versión del cuento que nos relatan los hermanos Grimm? todos dirían sin dudar siquiera, que el lobo devora a la niña y a su abuela, y que ambas son salvadas por un leñador que corta al lobo, saca a las protagonistas intactas y luego lo cose habiendo, previamente, llenado su vientre con piedras. Como diría Umberto Eco, nadie piensa que en el mundo hay lobos que son capaces de tragar enteras a una niña y a su abuela, sin embrago, estamos de acuerdo en que si alguien sostiene que este no es el final del cuento o no entendió lo que pasó, o no leyó la versión de los hermanos Grimm. Y podríamos además, sostener que si alguna de esas personas en nuestro auditorio tuviera dudas sobre la existencia de lobos con esas capacidades, algo estaría mal con esa persona, ya que no comprendería de qué se trata la ficción.

Este cuento popular, como tantos otros, cumplen una función en una comunidad. Y utilizan, como dicen Goodman, estrategias no literales para su despliegue.

La ciencia y el arte no son tan antagónicos como pudo sostenerse en un momento de la historia. A pesar de que hay diferencias entre ambas, respecto de los medios y fines que las caracterizan, Goodman sostiene que entre ellas hay afinidades más profundas de lo que se

supone. Ambas participan en la construcción de mundos, y ambas tienen en común lo racional y lo emotivo.

En ambas juegan un rol fundamental las emociones:

“...La ciencia se llega a asociar con un intelecto desprovisto de sentimientos, mientras que las humanidades lo hacen con la emoción pura, deformando de este modo la naturaleza de ambas. El esfuerzo intelectual está motivado por una necesidad profunda y proporciona una honda satisfacción. Asimismo las emociones actúan, a menudo, también como instrumentos cognitivos. Ni el arte ni la ciencia podrían florecer si no diesen satisfacción, o si la satisfacción fuese su único propósito.” [Goodman, 1995, 20/21]

En Los lenguajes del arte sostiene que conseguir el saber y satisfacer la curiosidad son una y la misma cosa. El conocimiento científico también contiene un principio del placer. Si la ciencia no estuviera unida al goce del conocimiento y a la utilidad del conocimiento, ¿qué nos importaría la ciencia? La ciencia no está despersonalizada. El descubrimiento y el conocimiento producen goce.

Goodman insiste permanentemente en que la emoción y el sentimiento funcionan cognitivamente tanto en la experiencia estética como en otras muchas formas de experiencia. No percibimos la existencia de afinidades y de diferencias estilísticas, por ejemplo, mediante el “análisis racional”, sino a través de las sensaciones, percepciones, sentimientos y emociones que se despiertan en la práctica, de un modo similar a como actúan el ojo de un gemólogo o los dedos de un inspector de piezas manufacturadas.

“Lejos de querer desensibilizar la experiencia estética, pretendo sensibilizar la cognición. En el arte, y pienso que también en la ciencia, la emoción y la cognición son interdependientes: el sentimiento sin entendimiento es ciego, y el entendimiento sin sentimiento es vacío.” [Goodman, 1995, 24/25]

Elena Oliveras sostiene que Goodman destruye la antinomia emoción-conocimiento, esto es; la emoción ligada a lo artístico y el conocimiento ligado a la ciencia -y nos muestra que la experiencia estética nos ayuda de descubrir las propiedades de las cosas. Lo que se capta a partir de la experiencia estética no es asequible de otro modo, algo se nos presenta, se nos muestra, se nos describe mediante, por ejemplo, metáforas, analogías, imágenes o sonidos. Nuestro autor dice una y otra vez que: “...*la cognición no se limita al campo del lenguaje o al pensamiento verbal, sino que está al servicio de la imaginación, la sensación, la percepción y la emoción, en el complejo proceso del conocimiento estético.*” [Goodman, 1995, 26]

Estoy convencido, afirma:

“de que no existe ningún modo correcto de describir, pintar o percibir <<el mundo>>, sino que existen, más bien, muchos modos igualmente correctos, aunque entren en conflicto -y por consiguiente, en efecto, muchos mundos reales-. [Goodman, 1995, 34]

Esperamos haber presentado con claridad la propuesta de Goodman respecto de la interdependencia que existe, entre lo emotivo y lo racional tanto en la ciencia como en el arte, y entre las operaciones del entendimiento y lo que hay. Creamos versiones de mundos que hacen mundos acordes a lo que somos como sujetos íntegros, más allá de todos los aspectos que podamos distinguir en nosotros.

Bibliografía consultada

GOODMAN, NELSON, *De la mente y otras materias*, Editorial VISOR, Madrid, 1995.

GOODMAN, NELSON, *Ways of Worldmaking*, Hackett publishing company, Indiana, 1978.

ECO, UMBERTO, *Seis paseos por los bosques narrativos*, Editorial Lumen, España, 1996.

OLIVERAS, ELENA, *Estética. La cuestión del arte*, Editorial Emecé, Buenos Aires, 2007.